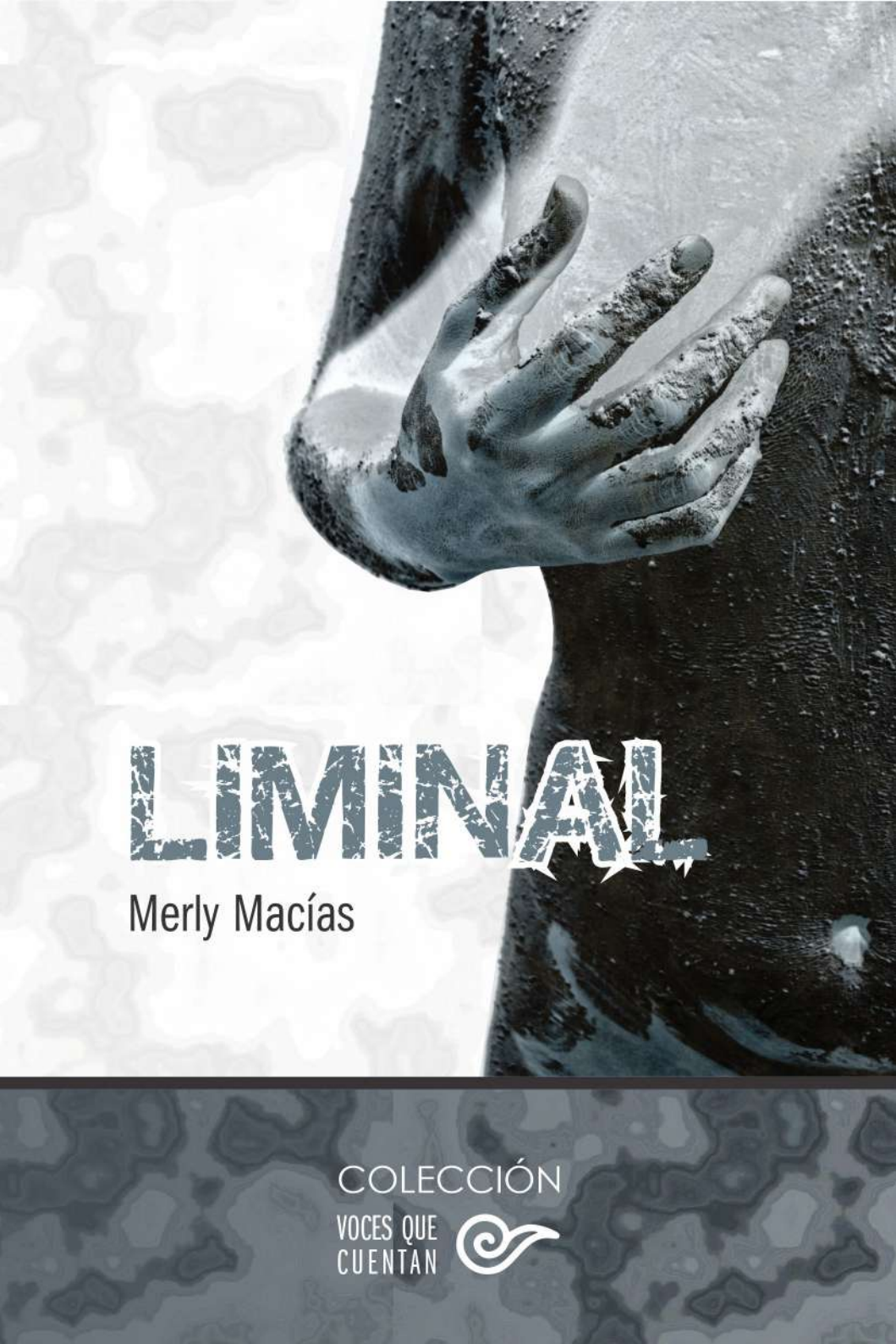




LIMINAL

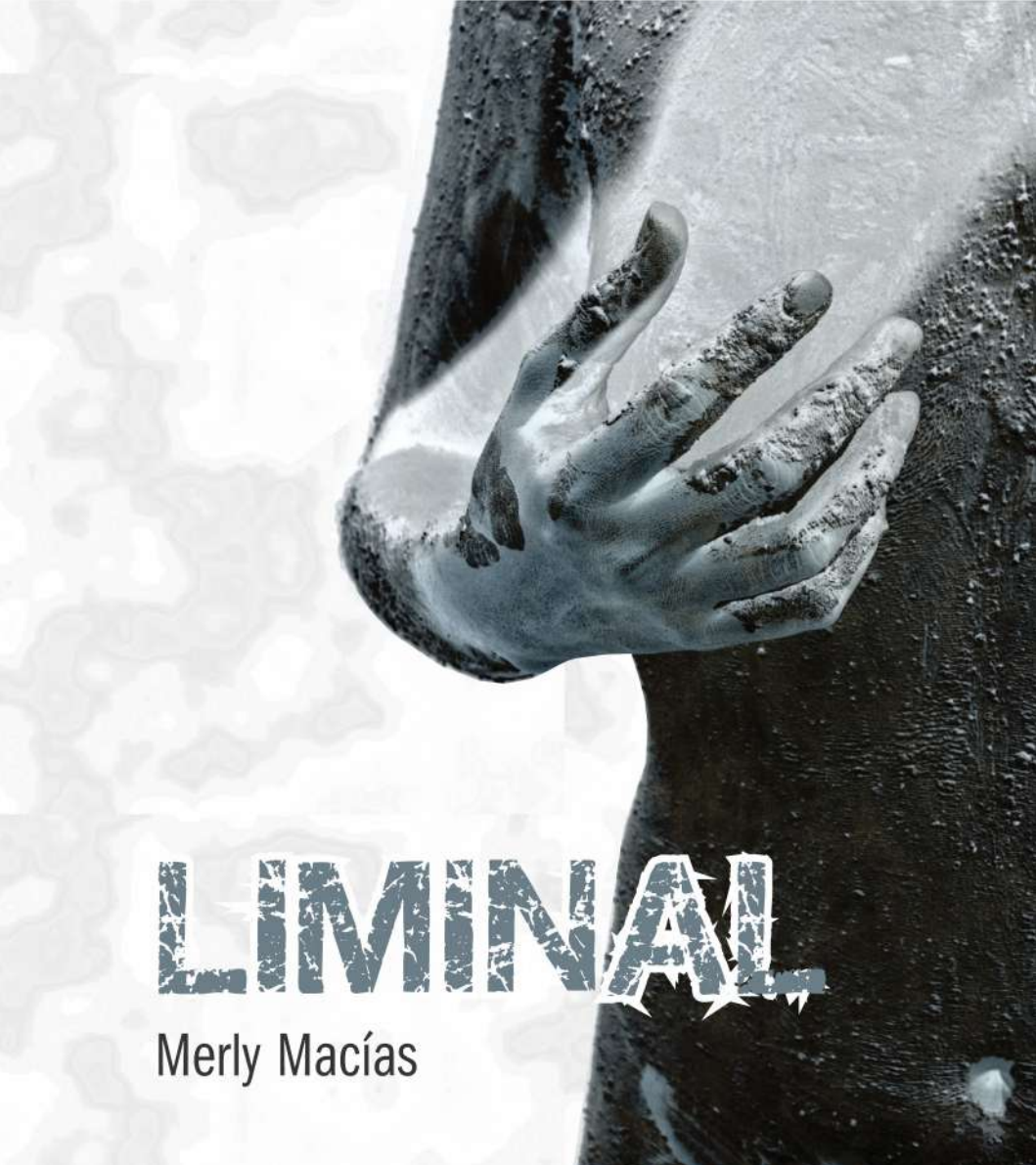
Merly Macías

COLECCIÓN

VOCES QUE
CUENTAN







LIMINAL

Merly Macías

COLECCIÓN

VOCES QUE
CUENTAN





LIMINAL

Merly Macías

Marzo, 2025

LIMINAL

1ª Edición 2025

Edición:

Dirección Editorial.

Diseño editorial y composición:

Bernardo O. R. De León.

Cuidado editorial:

Gabriel Velázquez Toledo

Fotografía de portada:

Daniel Rodríguez Ríos (Río)

ISBN DIGITAL: 978-607-561-333-8

D.R. © 2025 Universidad Autónoma de Chiapas
Boulevard Belisario Domínguez km 1081, sin número,
Terán, C. P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial
Mexicana con número de registro de afiliación: 3932.
Miembro de la Red Nacional de Editoriales Universitarias
y Académicas de México, Altexto.
Miembro de la EULAC, Asociación de Editoriales
Universitarias de América Latina y El Caribe.

D.R. © 2025 Merly Macías

Número de Registro INDAUTOR:

03-2025-032814144800-01

Las opiniones expresadas por la autora no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación o de la Universidad Autónoma de Chiapas; la información y análisis contenidos en esta publicación son responsabilidad de la autora. Las imágenes de portada, la composición de interiores y el diseño de cubierta son propiedad de la Universidad Autónoma de Chiapas.

Editado e impreso en México

Edited and printed in Mexico

ÍNDICE

9 **Hambre**

25 **Grayas**

41 **Amorosa**

Cuadro I

Cuadro II

Cuadro III

Cuadro IV

Cuadro V

Cuadro VI



Hambre



HAMBRE

*Estrenada en el Foro Independiente “Telar Teatro”
A.C., de Carlos Ariosto Alonzo Gordillo (†), en Tuxtla
Gutiérrez, Chiapas, a las 19:00 horas del 24 de no-
viembre de 2017, con el siguiente:*

REPARTO: (Por orden de aparición)

Pedro

Martín Alejandro Domínguez Velásquez

Julia

Merly Julieth Macías Rodríguez

Dirección y música original

Daniel Rodríguez Ríos (Río)

Producción

Mantícora Teatro

Se abre telón. Una humilde habitación con un pequeño patio. Dentro del cuarto, una cama, una mesa y una silla. En medio del escenario, de frente al público, está Pedro, un hombre barbado con pose desafiante que sostiene una botella de tequila, descalzo, viste camiseta y jeans desgastados.

Pedro: *(Está alterado). ¡No sé dónde está! (Da un trago profundo a la botella y la posa en la mesa; apesadumbrado). Se fue... hace meses que no la veo, ni a ella, ni a m'ijo... (Con angustia). ¡Se lo llevó! ¡Se llevó a m'ijo!...*

No, ¿pa' qué cuñado? *(Voltea a la izquierda).* Nadie me sabe dar razón de ella o el niño... *(Camina hacia la mesa)* o del fulano con el que se fue. *(Voltea la silla, se sienta y toma un sorbo de la botella).* Tu hermana no era una santa paloma, ¿sepa Dios cuánto tiempo me vieron la cara! *(Ve fijamente el tequila).* Se los tragó la tierra...

Rompe en llanto, agacha el rostro y abraza efusivamente el licor, luego lo deja en la mesa; poco a poco su llanto se convierte en una risa macabra. Se pone de pie y camina hasta el solar mientras sigue riendo como un desquiciado.

Mientras se agacha hasta tomar una pala del piso y escarba, Julia aparece de la oscuridad, es un

fantasma; viste ropas humildes y una vez en escena, comienza a barrer, a limpiar. Permanecen absortos en sus tareas por un momento; están en planos sobrepuestos de realidad, así que aunque él puede percibirla por momentos, no puede escucharla ni verla.

Ya cansado, Pedro suelta la herramienta y se seca el sudor con el antebrazo. Diálogos intercalados, acciones paralelas.

Pedro: La tierra está seca, aquí nada va a crecer...

Julia: (*Temerosa*). Pedro, no te enojés pero... mi hermano puede ayudarnos, si quieres. Ya ves que va a venir por lo del apoyo pa'l campo y...

Pedro interrumpe. Dirige la mirada a su costado y comienza a hablarle a un niño, que para el público es invisible.

Pedro: (*Exasperado*). ¡Ya sé m'ijo! Ya sé que tienes hambre pero hay que sembrar para tragar... ¡No chilles, chingar! ¡Si yo tuviera, te daría algo pa' comer! ¡Pero no tengo, no tengo!... ¡Ya, pues! ¡Párele! ¡Párele m'ijo! (*se arrodiilla hacia su hijo y parece tomarlo de los brazos*). Párele, que me rompe el corazón.

Julia: *(Va al solar y parece quitarle al niño a Pedro, de los brazos).* No me trates así al niño, ¿qué culpa tiene el pobre? Tampoco ha comido bien... Mejor lo voy a hacer dormir un rato pa' que se le olvide el hambre, pa' que se le olvide qué día es...

Toma su reboso y cubre su pecho, mece los brazos como en arrullo y deposita al pequeño imaginario en la cama; ella se desviste, para quedarse simplemente en la bata que llevaba por debajo y se mete a la cama.

Pedro: También a su padre le duelen las tripas, pero le aseguro que es la última vez que pasa hambre. Mire, mañana busco chamba pa' que su madre y usted tengan una mesa bien chula, repleta de comida.

Se postra frente a donde estuvo cavando y comienza a palpar el suelo, como acomodando tierra. Mientras continúa el diálogo, su rostro pasa de la alegría al espanto.

Y tengamos nueva tierra... buena... olorosa... húmeda... profunda... oscura... fría... sucia...

Pedro se pone de pie y retrocede estrepitosamente, asustado, como si hubiera tocado algo terrible y limpia sus manos en su ropa, poco a poco se torna molesto.

Pedro: ¡Qué no sé cuñado! Al otro día ya no estaban... *(Hacia la cama)* Los dejé ahí, dormidos... quietos... en silencio... sin llanto... sin fiebre... sin hambre. Esa noche no descansé pensando en que no teníamos nada pa' tragar y en qué iba a hacer en cuánto se levantaran, así que me fui bien temprano, al amanecer, pa' conseguir un trabajito decente.

¿Te imaginas, cuñado? Yo buscando con qué mantenerlos y cuando regresé... no tenía chambra y tampoco familia; sólo hambre, un hambre infernal.

Vuelve a sentarse, triste; permanece largo rato con la mirada perdida, inamovible, como si se tratara de una estatua.

Julia: *(Se levanta. Aún adormitada)*. Pedro, Pedro, el niño creo que se siente mal, tiene fiebre.

Se acerca a su marido y trata de despabilarlo sin éxito, él sigue inmóvil.

Pedro, contéstame pues, ya te volviste a poner raro... si ya te dije que no te preocupes, que le pidamos ayuda a mi hermano...

¿Por qué miras así? ¿Qué te pasa? No me asustes pues... ¡Ya es que te endemoniaste! ¡Pero todo es culpa de estos alcoholes malditos que te bebes!

Sale al solar; en prosenio, frente al público, toca con insistencia una puerta imaginaria, acción que intercala con sus diálogos.

Julia: Suegra... suegra... cuñada... El niño está malo, necesito que vengan a mirar al Pedro que otra vez se puso raro... por favor, para que me lleve a m'ijo a la capital.

Pedro: Mi hermana me dijo que esa madrugada la Julia le fue a retumbar la puerta y que, como esos no son modos de levantar a la gente, pos no le hicieron caso.

Julia: No sean malas, si ya sé que están ahí... El Pedro otra vez no habla y está como ido... Tengo miedo, cuñada, suegra... al rato se va a poner como loco, ya lo tengo visto.

Pedro: Que puro griterío era, que si un loco, que si no sé qué... Se me hace que era su querido, por el que me dejó, que había llegado a verla; por eso salió. *(Se pone de pie)*. ¡Qué sí, cuñado! ¡Por ésta *(hace la señal de la Santa Cruz y la besa)*), que te lo juro! Yo estaba aquí parado cuando la vi entrar

toda rara, asustada... se me hace que aprovechó que estaba dormido para ir a verse con él.

Por la izquierda del escenario ve entrar a su esposa, quien ya es visible y palpable para él.

Pedro: *(Le reclama).* ¡De dónde vienes! Me levanto y no te encuentro y ahora resulta que vienes de la calle a estas horas y, ¡en bata! ¡Fuiste a verte con ese, ¿verdad?! ¿No sientes culpa?

Julia: ¿Cuál ese, Pedro? Cálmate ya, estaba llamando a tu hermana, el niño está malo...

Pedro: Nuestro hijo está dormidito entre nosotros y tú te levantas pa' ir a ver a tu amante.

Julia: Si ya lo miraste que de allá vengo, de casa de tu hermana... Te pones muy mal Pedro, y ya no podemos seguir así.

Pedro: *(La toma con fuerza de los brazos).* ¡Eso esperas, ¿verdad?! ¡Que me descuide pa' irte con ese! ¡Dime! ¡Eso quieres! *(La suelta y le da la espalda).* Está bien, pero te arrepentirás cuando veas que

con él no te irá mejor y yo tendré una mesa bien chula, repleta de comida y tengamos nueva tierra.

Julia: Pedro, ¿de qué me hablas? Te juro que iba a hablar con tu hermana, ¿cuál otro?

Pedro: ¡Qué no me mientas! *(voltea enfurecido, a punto de abofetearla. Ve con detenimiento su mano, enseguida la limpia contra sus ropas.)*

Ante el ademán amenazante, Julia corre al solar y permanece en proscenio, frente a la puerta imaginaria.

Julia: ¡Suegra! ¡Por favor! ¡Ayúdeme! No sea *usté* mala, su hijo me quiere pegar... Me voy a jalar a m'ijo pa' la capital, con mi familia, a ver si allá lo curan mejor.

Sin obtener de nuevo respuesta, entra cabizbaja al cuartucho y de nuevo se pone sus ropas para comenzar a limpiar.

Pedro: No la *golpié*, de verdad que estuve a punto cuñado, pero no lo hice... por m'ijito *(ve la cama hasta quedar ensimismado)*, estaba ahí no'masito... dormido... quieto... en silencio... sin llanto... sin fiebre... sin hambre.

Mi hermana me dijo que ya en la noche la Julia le fue a retumbar la puerta, y que como esos no son modos de levantar a la gente, *pos* no le hicieron caso; que si se iba a llevar a m'ijo, que si se iba a jalar pa' la capital, que allá estaba mejor.

(Reacciona y voltea hacia su interlocutor). Sale cuñado, no se preocupe... pero si la encuentra allá díglele que me traiga a m'ijito; ya voy a cosechar los elotes que sembré aquí en el solar y *pos*, quiero que mi chamaco tenga qué comer. 'Ta bueno, sí; si sé algo de la Julia yo le aviso. No, no hay cuidado, vaya con Dios.

Despide a su cuñado hasta la salida, hace el ademán de adiós, permanece así un rato y de pronto cierra de un portazo. Regresa.

Pedro: *(Con semblante decaído).* ¡Ya llegué, Julia!

Julia: ¿Y cómo te fue?

Pedro: *Pos... pos... pos* bien mal, de la fregada. No hay chamba en ningún lado, que porque no tengo escuela, o porque los trabajadores están completos.

Julia: Antes nos alcanzaba pa' un plato, ahora a pura tortilla andamos.

Pedro: (*Se enmaraña el pelo*). ¡Ya sé, Julia! ¡Ya sé que no hemos comido en días! ¡Pero qué le hago! ¡No encontré!...

Julia: (*Angustiada*). Y aparte el niño pues, ya te dije anoche.

Pedro: ¿El niño? ¿Qué tiene el niño?

Julia: Desde la mañana, el niño no se ha levantado, tiene harta fiebre y no se le baja.

Pedro: ¿Cómo que no se ha levantado? ¡No'más esto nos faltaba! ¡Que se nos enfermara el chamaco!

Julia: Lo fui a buscar a tu mamá y a tu hermana anoche y nada me dijeron, ni caso y mi hijo bien malo que está. No sé si decirles ahorita.

Pedro: (*Desesperado*). ¡Vete, pues! ¡Avísales! ¡Pero córrele mujer! Dile a mi hermana que no vamos

a estar, que nos llevamos al niño a la capital, que allá lo curan a lo mejor... ¡Pero pícale! ¡Yo lo veo!

Julia se apresura a salir pero al final duda y pretende regresar por el pequeño pero Pedro la persuade, así que sale de escena. Pedro va hacia la cama, hace un bulto con sábanas y lo carga, como si fuera su niño.

Pedro: *(Angustiado, le habla).* M'ijito... M'ijito, tienes harta fiebre; mira tus cachetitos no'más, bien rojitos que están; pero aguanta m'ijo, como los hombres.

¡Ya pues! ¡Párole! ¡Párole m'ijo!... Párole, que me rompe el corazón.

Levanta la mirada al frente, estruja con fuerza al bulto contra él, posa su mano donde podría estar el rostro del pequeño para asfixiarlo.

Le aseguro que es la última vez que pasa hambre. Mire, mañana busco chamba pa' que su madre y usted tengan una mesa bien chula, repleta de comida.

*Mientras va soltando el bulto y lo recuesta en la cama, con delicadeza, Julia lo ha observado aterro-
rizada desde el umbral de la puerta. Él retrocede
lentamente con la respiración acelerada y la vista en
el niño. Entra Julia de golpe y corre hacia su hijo,
al confirmar su muerte, arremete contra su marido.*

Pedro: No, Julia, yo no le hice nada... se comenzó a poner frío en mis brazos y yo... (*El llanto le comienza a brotar*). ¡No, Julia! Es m'ijito, cómo crees, no soy capaz... ¡M'ijo! ¡M'ijo!...

Ella continúa golpeándolo pero él la somete y comienza a asfixiarla; revive el momento en que a ella le dio muerte en la cama, donde el fantasma se desvanece. Pedro arranca con coraje las sábanas de la cama.

Pedro: ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡No! ¡Julia! ¡Perdóname! ¡No! ¡No quise!... ¡De verdad! ¡No quise... no quise! (*Mira sus manos*). ¡Ah! ¡Ah! (*Cae sobre sus rodillas y se postra contra el piso, escondiendo su cabeza entre las manos*). ¡Mi Julia! ¡Mi'jito!

Desahoga su dolor con gritos desgarradores y llanto desconsolado que poco a poco va mermando hasta permanecer en silencio; se endereza sobre sus rodillas, limpia sus lágrimas y desliza suavemente la sábana sobre sus brazos, como acunándola hacia un lado, la acaricia

Pedro: Mi Julia... tan blanca como una paloma (*Ríe; acuña la sábana hacia el otro lado, la acaricia*). Mi'jo, Mi'jito, con ojos de lucero...

Se incorpora poco a poco, camina hacia el solar y cerca del proscenio, frente a donde cavó, extiende la sábana, la ondea un par de veces y cubre el sitio; se postra para palpar la tierra, como acomodándola. Mientras se oscurece el escenario.

Pedro: ¿Ves, Julia? sin llanto... sin fiebre... sin hambre; ahora tendremos nueva tierra...buena... olorosa... húmeda... profunda... oscura... fría... sucia...

Oscuro. Telón.



Grayas



GRAYAS

Personajes

Enio

La que hila la hebra de la vida.

Dino

La que mide la longitud del hilo.

Persis

La que corta la hebra.

Se escuchan los gritos de una mujer parturienta a telón cerrado, que lentamente se abre develando una cueva lúgubre de la que penden telarañas gigantes y espesas; telares inconclusos, empolvados, rotos y punñados de hilos por doquier; en alguna parte de la bóveda natural, un haz amarillo se cuelga a través de una especie de lucernario membranoso, el ojo por

donde las grayas observan el devenir de todo aquel cuya vida tienen en sus manos. Dino ayuda con dificultad a que Enio dé a luz una madeja; Persis observa con terror desde un extremo.

Enio: *(Pare con dolor, sobre sus cuclillas, apoyándose de su hermana Dino; se retuerce por momentos). ¡Ya! ¡Sácalo!*

Dino ayuda trabajosamente a su hermana, por momentos se seca la frente con el antebrazo y reniega con movimientos de cabeza mientras tira de un hilo enmarañado, más parecido a una fina tripa, del interior de su hermana; Enio puja y se soba la panza entre gritos y llantos; ambas continúan en la labor por unos minutos.

Dino: Está muy enredado, no saldrá.

Enio: *(Vuelve a gritar; suplicante). ¡Córtalo!*

Dino: *(Parece introducir los brazos al interior de su hermana).* No encuentro el extremo, está muy adentro... Enio, tienes que empujar más o no saldrá... ¡Persis, ayúdame!

Persis permanece a la distancia, aborta.

Enio: No puedo, no puedo más...

Persis: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus peñeces; con dolor darás a luz los hijos...

Dino: (*A Persis*). ¡Cállate y ayúdame!

Persis sale de su estupefacción y corre para asistir a Dino en el parto; de cuclillas, ambas toman por los brazos a Enio para apoyarle a expulsar la madeja; Enio puja, grita hasta que la madeja sale. Persis corta el hilo con los dientes y Dino lleva la madeja hasta donde se cuele un haz de luz para revisarla; la desenreda, la tensa a contraluz y tras observarla con meticulosidad, se la lleva al pecho con desabrido semblante.

Enio: ¿Qué pasa?... ¡Dino, ¿qué pasa?!

Dino: Tampoco sirve.

Enio suelta el llanto. Dino suelta la madeja y Persis corre hasta el hilo para cerciorarse de que en verdad no sirve.

Persis: ¿Estás segura?

Dino: Está seco, marchito, sin vida.

Persis: ¿Y el niño nació hace tres días? Tenemos que visitarlo para otorgarle sus dones, sus infortunios...

Dino: Nuestro propio destino es incierto... no tenemos más hilos para trenzar el azar de los hombres, ya no hay más designios; la naturaleza humana está a su propia merced.

Persis: ¡Pero somos las grayas! Hijas de Fórcis y Ceto... Incluso los dioses están sometidos a nuestra fuerza ineludible, nacimos antes que ellos y estamos destinadas a ser eternas.

Dino: Sean deidades o reinos, a todos hemos visto caer, ¿por qué piensas que nosotras no caeremos? ¿No ves que somos las últimas? Surgimos de la espuma del mar y la decadencia puede devolvernos a él.

Persis: ¿Cuándo?

Dino: No lo sé... el misterio de la vida no se nos develó por completo. Mira tu hilo, mira el mío.

Ambas examinan el fino cinto continuo que cuelga de sus cinturas.

Dino: Un hilo fino y simple, sin nudos ni tejidos intrincados, ni colores o texturas que enriquezcan su diseño; su singularidad consiste en que encierra nuestro espíritu porque no tiene extremos, no tiene fin, pero no significa que no se pueda entrelazar o cortar. En cambio...

Ambas examinan los telares.

Dino: Mira los telares que hicimos con los hilos más vivaces que parió Enio.

Persis admira la galería de telares y se detiene frente a uno inconcluso, de diseño muy sencillo.

Dino: Son como las estrellas que se alzan sobre nuestras cabezas para iluminar el universo y como ellas, aunque similares en matices y luminosidad, tampoco son eternos.

Persis: (*Consternada*). ¡Enio! ¡Dino! ¡Se tejió solo!

Dino se aproxima para verificar el suceso. Enio se reincorpora con dificultad y en un arrebato, se lanza sobre el misterioso telar para cortarlo; sus hermanas la atajan.

Enio: (*En su lucha, rasguña el telar causándole daño*). ¡Maldito! ¡Maldito telar!

Debilitada, Enio se postra y Dino se apresura a reparar el tejido.

Enio: Tres décadas... Tres décadas parí esa madeja extraña y no he vuelto a concebir. Te advertí, Dino, que su designio era malvado ¡Los infortunios cayeron sobre nosotras con su nacimiento! ¡Su vida merece ser cortada!

Persis: ¡Es hijo de dioses!.. Hay nobleza en él y es más sabio que Apolo; no es como Heracles en fuerza o Adonis en belleza, pero lo vi mover multitudes con sus palabras... Porta sanidad en las manos... Jamás pisó la Tierra un hombre como tal, ni siquiera Alejandro “El Grande”.

Enio: (*La confronta*). La grandeza de los mortales se disipa ante el peso de lo inevitable; tu hombre noble será sepultado por la arena de los siglos; su cuerpo tendrá por mortaja una cueva polvorienta como ésta y sobre sus ojos caerá la misma oscuridad que habitamos; devoraré sus huesos para que nadie halle su rastro.

Persis: ¡Será rey! ¡Está marcado!

Enio: Dino, hay que matarlo... Mide su vida y marca su hora final para que Persis corte o el hilo de ese telar... Su madeja terminará por enemistarnos; va a enredarse en nuestros dedos, como ya se zurció en el corazón de Persis.

Persis: ¡Hay que seguir los designios!

Dino: Medí la longitud de esta vida y aún no es tiempo... Es extraño, parece nunca ser tiempo... Cuando la hebra se debilita y ya es momento de cortar, algo pasa; así se salvó del rey de Judea... El hilo se mueve como serpiente, se entreteje a voluntad.

Enio: ¡Está maldito! ¡Me secó el vientre!

Persis: (*Recita*). Y pondré enemistad entre tú y la mujer y entre tu simiente y su simiente... Es el dios desconocido que está cumpliendo su profecía.

Enio: A todos los dioses conocemos.

Persis: ¿No recuerdan? En Atenas erigieron estatuas para los 12 dioses del Olimpo; pero alzaron una más para el que llamaron *Agnostos Theos*, el dios desconocido.

Dino: Los atenienses temían olvidarse de algún dios y ofenderlo.

Enio: Temo, hermanas, que nosotras lo ofendimos... Hay tanta sangre en nuestras manos, de mortales y deidades, de niños y ancianos, de nobles y envilecidos corazones. Repartimos el don de la muerte sin distinciones. Persis, nunca tiembla tu pulso cuando cortas los hilos; y Dino, jamás te inmutas al entretejer calamidades y tormentos; y yo... yo soy la que te da los hilos del infortunio y la desesperanza... ¿Y si hicimos todo mal? ¿Cómo decidimos tejer los intrincados surcos de estas vidas? ¿Cómo arrebatamos alegrías y zurcir el llanto?

Dino: Las hebras lo indican, sus formas entorchadas... Tú, tú lo sabes...

Enio: ¿En verdad poseemos el don de la interpretación? ¿Quién nos dio ese conocimiento?

Persis: ¿Y nuestros destinos? Nunca tejimos nuestros telares; nos ocupamos del telar del mundo pero no de los nuestros. Por eso devino esta decadencia, esta sequía...

Dino: No, Enio, el telar no está maldito; nosotras lo estamos.

Persis: ¿Y si hablamos con este Dios?

Dino: Si en los días de nuestra eternidad ha permanecido en silencio, ¿por qué piensas que existe?

El haz de luz que al principio usó Dino para escudriñar la madeja, se torna azul; señal que terminó el ocaso.

Dino: (*Viendo el haz*). Ya pasó el Ocaso, comencemos las guardias; Persis, serás la primera. Utiliza el ojo con la sabiduría de Atena y cuídalo con el celo del cancerbero.

Dino y Enio se marchan a las sombras para dormir.

II

Persis coloca sobre sus piernas un telar inconcluso y teje; escoge unos hilos y los aparta para cortarlos pero se detiene, los revisa, como leyéndolos.

Persis: (*A la nada*). La humanidad está a punto de perder a un gran conciliador político. ¿No te

importa? (*Hace una pausa como esperando la respuesta, luego corta y de nuevo espera. La situación permanece inalterable así que ella va a un telar y luego a otro*). La vendedora de gladiolas, el leproso... Una madre, sus hijos... ¿Por nadie intercedes? ¿Te da igual que muera uno u otro?.. No. Es que nunca has estado ahí... ¿Cómo he sabido cuáles vidas cortar? Por la marca de Dino. Pero ella, ¿cómo sabe que es tiempo? No lo sabe. Nunca lo ha sabido. Todo se reduce al azar... a mi libre albedrío. Si la humanidad entera pereciera, mis hermanas y yo seríamos libres de nuestra tarea; sólo se requiere un fútil corte pero, ¿por dónde empezar? La humanidad se desprecia tanto a sí misma que ha tomado el asunto en sus manos. Tiranos en el trono de sus pueblos, traficantes de veneno dirigiendo sus tribunales de justicia, devoradores de niños en el púlpito de sus templos, matando a las mujeres que no pueden dominar. Entonces, cercenemos a los impíos (*toma algunas hebras que se dispone a reventar*)... Tendría que empezar por nosotras... (*Escoge otras*). Los mezquinos... los malvados... Nadie hay libre de iniquidad. Son seres de luces y sombras que habitan el desorden, la entropía. Todo vuelve al caos y ese es el orden natural... Da igual este hilar, coser, cortar. La vida se abre paso a pesar de nosotras... Curioso, ¿hacia dónde la

humanidad inclinará la balanza? ¿A la compasión, el amor, la libertad?.. El ojo resplandece, ¡qué calidez! Y si me asomo por él... (*Escala por una de las paredes de la cueva para acercarse a la luz*). Sólo un instante para obtener discernimiento (*se pierde a través de la claraboya, abandonando su guardia*).

El ruido seco de la salida de su hermana por el orificio despierta a Enio quien, percatándose de la ausencia de Persis, se aproxima sigilosa al telar que rasguñó.

Enio: ¿Qué tienes de especial que te haces a ti mismo? ¿Eres un dios? (*Examina*). No. Eres de carne, como el hermano que traiciona al hermano. La madre que mata al hijo. El joven que mata a su vecino en batalla. Un juego de sangre sin fin donde mueren primero los pobres, creyéndose héroes. ¿Eres un héroe? Hace mucho pasó por aquí, Perseo, con mieles en su lengua pero engaño en su palabra. Quería que le mostrara el camino a la Gorgona; las cosas indecibles que hizo con ella, por culpa mía. Creí que en su retorno me llevaría con él. Nada hay más doloroso que el tormento de la esperanza.

Destruye el telar y éste se restaura. Enio vuelve a destruirlo y va contra los demás. En tanto Enio continúa su faena con vehemencia, se hace la oscuridad.

Tras un tiempo, el ojo ilumina sólo a Enio, que agitada se mira las manos, cubierta de hilos enmarañados. La luz inunda la cueva sutilmente y revela que los telares no presentan daños. Enio resuella. Los sonidos de su congoja despiertan a Dino, quien al percatarse de la condición de su hermana, va en su consuelo.

Dino: ¿Y Persis?.. Enio, ¿y Persis?

Enio: Se ha ido... Los telares, los telares se restauraron. ¡No puedo continuar más!

Dino: Es nuestra misión cuidarlos, tejerlos, cortar las hebras. Sigamos con el orden establecido.

Enio: No tiene sentido... La vida sigue a pesar de nosotras; no existe la intervención divina.

Dino: Pero el orden...

Enio: ¿Qué pasa si dejamos de cuidar?

Dino permanece en silencio.

Enio: ¡¿Qué pasa si dejamos de cuidar?! Mira los telares restaurados con mayor viveza. ¡¿Qué pasa

si dejamos de cuidar?! Los hombres aprenderán a hacerlo...Dino, no es a la decadencia a lo que nos enfrentamos. Es a la libertad.

Dino: ¿Hablas de salir y encontrarnos con la humanidad? ¿Quién va a medir y cortar las hebras? Los hilos se degradan por la acción del tiempo, envejecen y se volverán polvo, hay que controlar las condiciones para mantener el equilibrio y mantener a raya los celos, envidia, muerte...

Enio: Resurgen y en eso no tenemos injerencia... estamos a unos pasos de conocer la calidez del sol, el viento del Norte, el roce de una piel... Ya no tejamos vidas, ¡tenemos que vivir!

Dino: ¿Y luego? ¿Morir como mortales?

Enio: Nos hemos negado la felicidad y la libertad. Nos ufamamos de conocer designios; nos atrevimos a repartir misericordia y maldad sin cuestionar, porque ese es el orden establecido. ¿Cuál ha sido la paga de nuestra jornada? Asumimos el costo de un sacrificio impuesto temiendo la ira de los dioses que nacen de la invención humana... La

vida se abre paso por sí misma y si hay una deidad real, aquí no habita.

Dino: ¿Allá afuera, tal vez?

Enio: No lo sé... (*Comienza su ascenso por el mismo camino que Persis*). Puede ser, en el agua salada del océano, en la arena; en una canastilla de frutas dulces. En el pasillo de los mercados, a la sombra de un árbol.

Dino: (*La sigue*). En las manos de un niño, en la mirada de una anciana.

El ojo resplandece con fulgor amarillo.

Dino: Curioso, ¿hacia dónde la humanidad inclinará la balanza?

Oscuro. Telón.

Amorosa



AMOROSA

Personajes

Rolando

Cura del pueblo.

Serapión

Hospedero de Rolando.

Clara

Sospechosa de brujería.

Tito

Entenado de Clara.

CUADRO I

Umbral-habitación

Rolando: Muesca de sierpe,
a la orilla del sueño...
¿Estaba dormido o despierto?
La amaba, sí, la amaba
con la fuerza de los infiernos...
¡Dios perdone la blasfemia de su hijo!
¡Dios borre la marca de Abel en mi cuerpo!
Dios... dios que calla, que arde, que repta
¿Estaba dormido o despierto?
Ella vino desnuda y posó su cuerpo.
Su corazón se metió por mi boca.
Su muslo, su pie pisó mi cara.
Abrí los dientes y su talón mordí;
suave, dulce, eterno...
La sangre... la sangre, la ardiente sangre que
repta.
La amaba, sí, la amaba.

No importa si estaba dormido o despierto.
La bestia... la bestia que se alza y me abraza.
La siento, ya viene, la huelo.
¡Dios, ampárame! ¡La quiero!
¡Dios, arrebatame! Que sueño.
¡No estoy dormido! ¡Estoy despierto!
Muesca de sierpe,
a la orilla del sueño...
La amaba, sí, la amaba,
Con la fuerza de...

Ruidos. De entre las penumbras, surge una mujer; un niño abraza sus faldas. Caminan lento hacia Rolando. Quejidos. Avanza. El niño se desapega y corre de lado a lado. Rolando retrocede, pesado. La mujer extiende los brazos; lo toca, lo acaricia, lo estrecha. Rolando se encorva. El niño se ríe sentado. La mujer abraza por la espalda a Rolando. Rolando la lleva a cuestras como peso lánguido. El niño encuentra la Biblia y se la alcanza. Rolando está lejos y empequeñece con cada paso. Reza, estira la mano. El niño ríe y se aleja. Rolando reza y avanza. El niño ríe y

se aleja. Rolando reza y avanza. El niño ríe y se aleja. Rolando, cada vez más pesado. La mujer, prendida a su espalda, con el cuerpo suelto. La gravedad que lo somete. Rolando reza y avanza. Pesado, cae de cuclillas. La mujer lo acuna, lo abraza. El niño le extiende el libro. No lo alcanza.

Clara: Dulce al paladar, te encuentro.

Y no eres mío...

Rolando, ¿qué promesas te hizo

que no pueda ofrecerte yo?

¿Cuerpo? ¿Carne? ¿Sangre?

Lo mismo te ofrezco...

Toma, come

Éste es mi cuerpo.

Bebe, ésta es mi sangre.

El que come mi carne y bebe mi sangre

tiene vida eterna...

Y yo le resucitaré en el día postrero.

Porque mi carne es verdadera comida,

y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre,
en mí permanece y yo en él.
Rolando y yo, en él.
Ven, estás agotado.
Y yo soy la vida.
Nunca tendrás hambre.
No tendrás sed jamás.
Rolando...

Tocan a la puerta. Clara voltea como un animal. Sisea. Ella y el niño reptan hasta las sombras, donde se desvanecen. Se hace la luz. Ruido de llaves. Serapión entra y encuentra a Rolando arrodillado.

Serapión: Disculpa que te haya interrumpido. Es que la mañana ya está avanzada y el desayuno se va a enfriar, debí sospechar que estabas orando.

Rolando: Serapión, Serapión, Serapión.

Serapión: ¿Pasa algo?

Rolando: Tengo visiones. Me agotan.

Serapión: ¿Las luchas espirituales, verdad? El pastor habla de eso. Que los escogidos para los ministerios del Señor son los que más las padecen. Flechas del enemigo, le llaman. Tribulaciones que atormentan los corazones de los soldados de Dios. No dudes, tu llamado al ministerio de la evangelización te ha traído hasta este pueblo por algo. Hay mucha iniquidad. Brujería.

Rolando: No, Serapión. No es brujería; es ignorancia. La gente necesita leer, estudiar, para dejar de creer que detrás de todo hay brujería. Hay fenómenos físicos que rigen la creación de Dios. La ciencia y el ministerio no deberían estar peleados. La ciencia nos permite curar enfermedades, tener mejores condiciones de vida y tener a Dios en nuestro corazón, nos conducirá a mejores sociedades, a traer el cielo a la Tierra.

Serapión: ¿Y de eso hablan tus visiones?

Rolando: No.

Serapión: Y entonces, ¿qué ves?

Rolando: A Clara.

Serapión: ¡Brujería! ¡Brujería!

Rolando: Ya vas a empezar. Es una mujer enferma. Y no la puedo ayudar.

Serapión: ¿No acepta a Cristo en su corazón?.. Si muere fuera de la gracia, no será tu responsabilidad.

Rolando: No puedo permitirlo.

Serapión: Ya veo. Te gusta... predicador, da un paso atrás, no permitas que se interponga en tu misión. Eso es una trampa del demonio. Yo soy responsable de ti, te albergo en mi casa, comes en mi mesa y mientras tú cuidas del ministerio de Dios, yo te cuido a ti. Mientras vivas bajo la protección de Serapión, el mal no pasará.

CUADRO II

Casa de Clara. Rolando lee la Biblia. Ella lo observa detenidamente. Silencio. Rolando aparta el libro y la observa. Silencio. Respiran, visiblemente.

Rolando: Clara...

Clara: No.

Rolando: Clara...

Clara: No.

Rolando: Clara...

Clara: Por favor, no lo digas.

Rolando: Ésta es mi última visita.

Clara: Lo sé.

Rolando: Si me permites, quisiera...

Clara: Muéstrate.

Rolando: ¿Qué?

Clara: Me estás escuchando. Muéstrate.

Rolando: Clara, por favor.

Clara: Muéstrate.

Rolando toma sus cosas y se dirige a la puerta. Unos pasos antes, se detiene. Respira. Clara camina y se coloca detrás de él.

Clara: Muéstrate.

Acaricia su espalda. Rolando voltea y se deshacen uno sobre el cuerpo del otro; gatos que se apartan, se agitan, se encuentran. Violentos y amorosos. Gritan. Lloran. Se abrazan. Respiran. Rolando toma sus cosas y se marcha. Clara contempla el punto de salida.

Un niño camina por la habitación; lleva un frasco que llena de alimañas que recoge del piso. Hurga, busca. Ocasionalmente sonríe con cada encuentro que hace.

Clara: Tito... Tito... Tengo hambre.

Tito: Voy por nuestros abrigos, ama.

Clara: No, Tito, estoy muy débil y no puedo salir.

Tito: ¿Quiere que vaya por ayuda?

Clara: No esta vez.

Tito: (*Viendo su frasco*). Los guardaba para mí, ama, pero usted los necesita. Son chiquitos, pero cada vida cuenta.

Clara: Eso es, Tito; búscame un animal pequeño, una criaturita, un gato, un perro... ¡Lo compartiremos!

Tito: Es muy difícil atraparlos, no son como los insectos.

Clara: Si no lo traes pronto, moriré.

Tito: ¿Y si me usa a mí, ama? Yo soy pequeño.

Clara: Y sin embargo, no tienes la edad.

Tito: ¿Si espera a que crezca?

Clara: Será muy tarde para entonces... Moriré, dulce Tito, y te quedarás solo.

Tito: Dijiste que no, lo prometiste.

Clara: Es que tengo hambre.

Tito: Te buscaré más bichos.

Clara se mueve. Clara se mueve en las penumbras de su casa. Clara se mueve en las penumbras de su casa alargando su cuerpo. De repente se contrae. Arcadas. Clara se mueve. Clara se mueve y se vuelve un animal. Clara se mueve y se vuelve un animal que rept. Busca cosas por los escondrijos, escarba, desliza los dedos por las ranuras, atrapa los bichos que se lleva a la boca. Clara se mueve. Clara se mueve y se aparta de la luz tenue que la descubre. Busca la sombra que oculte su monstruosidad. El rastro dejando por Tito para huir de la mañana.

CUADRO III

Umbral-Habitación. Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta, sirve el desayuno y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve la comida y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve la cena y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve el desayuno y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve la comida y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve la cena y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta, sirve el desayuno y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve la comida y se va.

Rolando sentado frente a la mesa. Serapión toca a la puerta; levanta los trastos, sirve la cena y toma asiento.

Serapión: ¿Estás dormido o despierto?.. Al principio pensé que ayunabas, pero esto de estar en-simismado, no es de Dios. Ya no oras, ya no predicas, ya no lees Biblia. Te la pasas encerrado. ¿Te olvidaste de tu ministerio?

Rolando: Soy indigno. No soy capaz de postrarme en oración, de leer un sólo versículo. Es como si un velo me hubiese sido retirado de los ojos y me veo tal cual soy. No puedo servir a Dios.

Serapión: Desde que saliste de casa de esa mujer no eres el mismo. ¿Qué pasó ahí?

Rolando: Nada.

Serapión: ¿Qué pasó ahí?

Rolando: Nada.

Serapión: ¿Bebiste algo?

Rolando: No.

Serapión: ¿Comiste algo?

Rolando: No.

Serapión: ¿Dónde está?

Rolando: ¿Qué haces? ¡Son mis cosas!

Serapión: ¡¿Dónde está?!

Rolando: ¡¿Qué?! ¡¿Qué?!

Serapión: ¡Lo que te regaló, lo que te dio!

Rolando: ¡Nada! ¡No hay nada!

Serapión: Te ha embrujado. Te lo advertí. Un poder maligno proviene de ella y te ha envenenado.

Rolando: No es así, me enamoré.

Serapión: Muchacho, no es amor. Es una sed... Pero yo te voy a salvar. Mi encomienda ha sido cuidar del enviado de Dios y, mientras vivas bajo

la protección de Serapión, el mal no pasará. No te dejaré solo, varón, pero ora, ora mucho. Que cuando el espíritu descienda, te encuentre de rodillas. Lo mismo haré.

Serapión abandona la habitación. Silencio. Rolando respira.

Rolando: Muesca de sierpe,

a la orilla del sueño...

¿Estaba dormido o despierto?

¿Estaba dormido o despierto?

¿Estaba dormido o despierto?

¿Estaba dormido o despierto?

Frío. Luz azul nocturna. Fuegos fatuos aparecen con una densa neblina.

Rolando: La amaba, sí, la amaba.

Con la fuerza de los infiernos...

Se postra en oración.

Rolando: ¡Dios perdone la blasfemia de su hijo!

¡Dios borre la marca de Abel en mi cuerpo!

Clara: Muéstrate.

Rolando: Dios...

Clara: Muéstrate.

Rolando: Dios que calla, que arde, que repta.

Clara: Muéstrate.

Rolando: ¿Estaba dormido o despierto?

Clara: Muéstrate.

Rolando, agotado, casi a rastras acude a su cama.

Rolando: Ella vino desnuda y posó su cuerpo.

Su corazón se metió por mi boca.

Su muslo, su pie pisó mi cara.

Abrí los dientes y su talón mordí;

suave, dulce, eterno...

Se recuesta. Busca el descanso que no llega. Debajo de la cama, Clara repta para salir y trepa hasta

donde yace Rolando. En cuclillas, se apostó sobre sus piernas y le observa.

Rolando: ¿Estaba dormido o despierto?

La bestia... la bestia que se alza y me abraza.

La siento, ya viene, la huelo.

¡Dios, ampara-me! ¡La quiero!

¡Dios, arrebatame! Que sueño.

*Estruendo. Confusión. Tito grita desde afuera.
Poco a poco, el amanecer.*

Tito: ¡Señor Rolando! ¡Señor Rolando!

Rolando abre los ojos sobresaltado por escuchar a Tito. Abandona la cama y al abrir la puerta, entran Serapión y Tito, que llora.

Tito: Mi ama, señor, mi ama se muere. Pide verlo. Quiere la extremaunción.

CUADRO IV

Casa de Clara. Ocaso. Clara, en cama, yace sin vida. A media luz, con perfume de flores. Encajes la envuelven. Rolando ingresa lento, abatido, llorando a su muerta. Se detiene al pie del lecho.

Rolando: Clara... Clara.

Incontenido, abraza el cuerpo

Rolando: ¿Estoy dormido o despierto?

Clara, respóndeme.

La sacude en busca de signos de vida

Rolando: La amaba, sí, la amaba.

Con la fuerza de los infiernos...

Clara, dime, ¿qué promesas te hizo la muerte
que no pueda ofrecerte yo?

¿Cuerpo? ¿Carne? ¿Sangre?

Lo mismo te ofrezco...

Lo mismo te ofrezco...

Lo mismo te ofrezco...

*Clara despierta muy despacio, a causa del estupor,
hunde su rostro en el cuerpo de Rolando.*

Rolando: Muéstrate... Muéstrate... Muéstrate.

Como un animal, Clara revive y le clava los dientes. La sangre los empapa y se deshacen uno sobre el cuerpo del otro; gatos que se apartan, se agitan, se encuentran. Violentos y amorosos. No se detienen. Como un animal Rolando la bebe, la come y la lame. Sus cuerpos se vuelven la fuente sanguinolenta que tiñe el lecho mortuorio, el piso, las paredes, el alba.

CUADRO V

Umbral-habitación. Ocaso. Rolando duerme. Serapión, en una silla cercana, se entretiene. Rolando despierta.

Rolando: ¿Estaba dormido?

Serapión: Hace tres días y dos noches que duermes.

Rolando: Soñé que Clara murió.

Serapión: La enterramos hace tres días. No fue un sueño.

Rolando: Pero estaba viva.

Serapión: ¿Me estás diciendo que sí es una bruja?

Rolando: Yo no sé, no sé lo que vi.

Serapión: Te encontramos en su lecho, inconsciente a lado de su cuerpo. Tenías fiebre. Tú parecías el cadáver y no Clara, que lucía sonrosada, mejor que nunca... Un poder maligno emana de ella, pero

ahora yace tres metros bajo tierra, con una losa tan gruesa que ni diez hombres pueden moverla...

Rolando: ¿Dónde la enterraron?

Serapión: ¿Le dejarás flores? Predicador, da gracias por esta noche en que Dios ha sido bueno contigo y despertaste. Vuelve al camino del Señor, no escuches las promesas del diablo. Están en riesgo tu cuerpo y tu alma.

Rolando: Déjame solo.

Serapión: (*Mientras se retira*). Recuerda, mientras vivas bajo la protección de Serapión, el mal no pasará.

Frío. Luz azul nocturna. Fuegos fatuos aparecen con una densa neblina.

Rolando: ¿Estaba dormido o despierto?

¿Estaba dormido o despierto?

¿Estaba dormido o despierto?

Clara: Muesca de sierpe.

Rolando: Dios... dios que calla, que arde, que repta.

¿Estaba dormido o despierto?

Clara: Muesca de sierpe.

Rolando: Ella vino desnuda y posó su cuerpo.

Su corazón se metió por mi boca...

Clara repta para salir de debajo de la cama.

Rolando: Su muslo, su pie pisó mi cara.

Abrí los dientes y su talón mordió;

suave, dulce, eterno...

Clara sube a la cama; de pie, descubre sus piernas y lleva una de sus extremidades al rostro de Rolando. Le pisa la cara. Rolando abre la boca y besa su talón, su pantorrilla, la pierna.

Clara: Me salvó tu sangre.

La sangre, la ardiente sangre que repta.

Me amas, sí, me amas.

Dormido o despierto.

Rolando y Clara: La bestia...

la bestia que se alza y me abraza.

La siento, ya viene, la huelo...

Como un animal que los ha poseído, Clara y Rolando se clavan los dientes. La sangre los empapa y se deshacen uno sobre el cuerpo del otro. Violentos y amorosos. Se beben, se comen, se huelen.

Rolando: ¡No estoy dormido!

¡Estoy despierto!

Muesca de sierpe,

a la orilla del sueño...

La amaba, sí, la amaba.

Con la fuerza de...

Serapión irrumpe el frenesí. Arrebata a Clara de los brazos de Rolando y en medio de oraciones, le clava una navaja en el pecho. Ella grita. Como un animal, se mueve alargando su cuerpo. De repente se contrae. Arcadas. Clara muere, a los pies de Rolando. Silencio.

CUADRO VI

Umbral-habitación. Rolando respira, visiblemente.

Rolando: ¿Estaba dormido o despierto?

Un niño, Tito, camina por la habitación; lleva un frasco que llena de alimañas que recoge del piso. Hurga, busca. Ocasionalmente sonríe con cada encuentro que hace.

Tito: Son chiquitos, pero cada vida cuenta. Un animal pequeño, una criaturita, un gato, un perro...

Rolando: La amaba, sí, la amaba.

Con la fuerza de los infiernos...

Tito... Tengo hambre.

Tito: Voy por nuestros abrigos, amo.

Oscuro. Telón.

LIMINAL

Merly Macías



LIMINAL

Universidad Autónoma de Chiapas,
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Marzo, 2025.

Lo liminal se refiere al umbral de tránsito de un estado a otro. Esta antología dramática presenta tres historias de seres que traspasan espacios liminales perdiéndose a sí mismos en el trayecto. Las tramas transcurren en tiempos imprecisos, pero abordan temas universales, dotándolas de actualidad y pertinencia.

“Hambre” retrata la cruda realidad de los desamparados que no terminan de adaptarse a la devastadora modernidad. Relegados, las esperanzas de Julia y Pedro son puestas en la tierra y en lo que ésta les pueda otorgar, pero ¿qué pasa cuando hasta ésta les niega el fruto de sus entrañas, y su hijo ha enfermado? Esto los arrastra hasta los límites morales y de la cordura. En “Grayas”, la ruina imperecedera impele a Enio, Persis y Dino que trasciendan su condición de hilanderas del destino en un mundo sin dioses ni designios, para enfrentar la incertidumbre del libre albedrío. Por último, “Amorosa” aborda el dilema entre lo moral y los instintos animales como el deseo y la supervivencia encarnados en Rolando y Clara; mientras él se mueve entre la fe y su pasión reprimida, ella se desliza entre la vulnerabilidad y las sombras de lo prohibido, en un encuentro del que no salen ilesos.

